



Vino de la casa

● Cuatro libros recién aparecidos constituyen noticia de hoy... y también noticia de HOY

Vino de la casa el cuarteto de libros que presentamos en seguida. Con poca distancia de tiempo entre unas y otras, acaban de aparecer obras de muy distinta índole, cuyos autores pertenecen al equipo de HOY. Alfonso Calderón rompe primero el fuego con un volumen de poemas: *Isa de los bienaventurados*. En una línea similar —la poética—, está *Chile, fértil provincia*, del apenas menos fértil Andrés Sabella. Completan el grupo otros dos compañeros nuestros, ambos talquinos y ambos editados en el extranjero (aunque ninguno en París ni en Londres): Oscar Pinochet de la Barra, con su ensayo *Base Soberanía*, que se publicó en Argentina, y Guillermo Blanco, con su novela *Dulces chilenos*, aparecida en España.

GUILLERMO BLANCO

Encierro con intriga

Por Abraham Santibañez

“Socio fundador” de la Generación del 30, al borde de su mayoría de edad como escritor (su primer libro, *Sólo un hombre y el mar*, fue editado en 1937); “escritor nacional” de esos que se dan de tarca en los colegios; creyente en el valor de la palabra (“la palabra tendrá sabor, olor, color, tibieza o no, dureza o no, temor, amor, dolor, Espíritu”), Guillermo Blanco suele ser impredecible y desconcertante.

Incapaz al parecer de un gesto duro, sorprende con sus personajes a veces siniestros y con lo que Ricardo Latcham llamara “una belleza algo sórdida”. Después de su *Love Story* —así bautizada por algunos su *Gracia y el forastero*, muy anterior al libro de Erich Segal—, estos *Dulces chilenos* (Pomare, 1977) parecen sacados de un horno sombrío, donde el azúcar flor y el manjar blanco han sido reemplazados por el odio y el rencor. Pero, más allá de la sorpresa inicial, el lector encontrará aquí un drama que se desarrolla casi con desesperante lentitud para adquirir luego un ímpetu de hoguera.

El secreto de las viudas

Obras de lenguaje cuidado, paladeado, Blanco va construyendo en esta historia que tiene un aire clásico, el mundo interior de cuatro mujeres, encerradas tras los muros viejos de una casa antigua, típicamente santiaguina, con salón y patio y puertas que se cierran con trancas. Tres de ellas, tres viudas, una ficticia y dos reales, son parientes: Amalia, la madre, y Elena y Marta, las hijas. El cuarto personaje, otro fantasma en esta casa de fantasmas, es Benicia, la empleada.

Es un domingo. “El domingo bajaba poco a poco sobre el barrio. Caía con el

haber de las campanas. Una seña, otra seña, otra más: misa de siete. Tres o cuatro viejecas apretaban el paso.

—Vaya, vaya.

“Las sirvientas salían a barrer la acera. Conversaban. Sus escobas hacían elevarse el polvillo que doraba el sol. Lo volvía transparente”.

Un rincón, en apariencia, tan hermoso como la plazoleta de Santa Ana, en el viejo

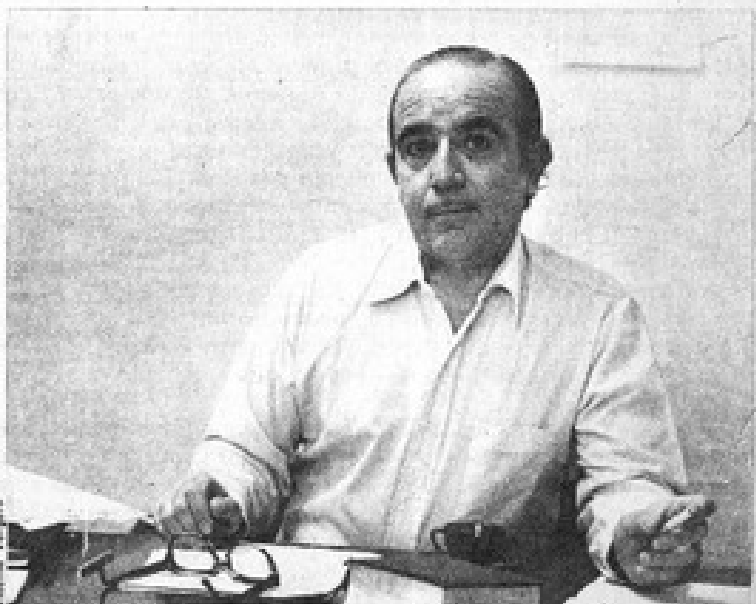
Guillermo Blanco: 30 años después, un pulkado de dulces con sabor trágico

centro santiaguino. Pero tras la puerta de la dulcería cercana a la iglesia, entre los pasteles de hojitas, los empolvados y los caramelos caseros, estas cuatro mujeres guardan sus terribles secretos, nacidos del falso respeto humano, la incompreensión y la desesperada soledad.

Blanco va abriendo esta especie de cofre de abuelita con infinito cuidado, como un cirujano que tiene miedo de ahondar la herida. Pero —igual que el médico— no vacila en enterrar a fondo el bisturí hasta sacar todo lo enfermo. Al principio es una palabra destemplada. Después una disputa abierta e inesperada entre las dos hijas. Más tarde el detalle casi exasperante de una silenciosa batalla en torno a la mejor ubicación en el salón, donde Elena escucha la ópera todos los domingos. Y más tarde, la revelación brutal del secreto de la madre y una de las hijas, unidas en el crimen con que ocultaron “un desliz”.

La narración, de un cuidado equilibrio, se ha remontado en el tiempo y en el espacio, casi sin que el lector se dé cuenta de que todo el relato ha transcurrido en menos de 24 horas en el interior de la casa de la calle del Mesías, mientras se espera al primo que no vendrá. Pero no es éste el mayor mérito de *Dulces chilenos*, probablemente la obra más lograda de Blanco. Lo que subyuga es la pureza de la construcción, la torsura del lenguaje, trabajado sin esfuerzo aparente, nítido y certero.

No es fácil para el comentarista tratar de mirar a Guillermo Blanco y este libro cuando uno trabaja con él al lado y lo conoce desde tanto tiempo. No es fácil tratar de decir todo lo que se cree imprescindible, cuando el mismo advierte que es necesario hacer un análisis objetivo y “sin adjetivar”. Pero *Dulces chilenos* merece algo más que un simple párrafo “por cumplir”. Es, sin duda, una recomendable obra de madurez. ■



HOY, 11 AL 7 DE MARZO DE 1980

NA 40.540-

AUTORÍA

Santibañez, Abraham

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vino de la casa [artículo] Abraham Santibañez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile